

Comunicación, interculturalidad y desarrollo. Apuntes para una nueva estrategia de actuación desde lo local (1)

[José Manuel Moreno Domínguez](#)

Miembro del Grupo de Investigación en Comunicación y Cultura
[Universidad de Sevilla](#)

La noción de desarrollo comienza a cristalizarse ya entre los años '40 y '60, desde la post guerra, por la Organización de Naciones Unidas (ONU); y con criterios más establecidos a partir de los años '80, a través del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), se materializa en la idea de Índice de Desarrollo Humano (IDH). De aquí en adelante, la bibliografía que encontramos es abundante, especialmente en lo conceptual: desarrollo a escala humana (Max-Neef, 1991), desarrollo local e integración regional (Veiga, 1995), desarrollo humano (Sen, 1997), desarrollo sostenible (Buarque, 1997), desarrollo descentralizado/regional (Boissier, 1999), y desarrollo endógeno (Vázquez Barquero, 1999) entre muchos otros.

En este recorrido histórico el concepto de modernidad estuvo siempre ligado a la idea de desarrollo y recogido por los gobiernos para diseñar sus leyes y proyectos de actuación local que no pretendían llegar, sino al estado superior de avance que habían conseguido principalmente EEUU junto con algunos países europeos. Esto suponía en la mayoría de los casos imitar e intentar trasladar un modelo de desarrollo basado en el crecimiento económico marcado por los valores del mercado capitalista.

En este sentido, la aspiración de esos países considerados desde esta perspectiva subdesarrollados o en vías de desarrollo, como señala José A. Gallego Gredilla, se convertirá en una idea-fuerza cargada de sentido emotivo y con todo un cúmulo de sentimientos de avance incluidos en la misma.

Una comunicación para el desarrollo

Por su parte, el interés por la comunicación para el desarrollo, podemos situarlo en el marco de las investigaciones sobre los usos educativos de los medios masivos de comunicación y sobre las aplicaciones tecnológicas en las zonas rurales. Así, a finales de la década de los 50 el gobierno de Estados Unidos inició en Latinoamérica diversos programas de asistencia técnica y financiera ligados a la extensión agrícola, (pero que también incluían entre sus prioridades la educación audiovisual y la información sanitaria), para el desarrollo de determinadas zonas. En este campo tanto los esfuerzos de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) con la formación no formal del campesinado, como el apoyo de la UNESCO a diferentes instituciones (CREFAL, CIESPAL) han jugado un rol importante para su afianzamiento durante los últimos 25 años.

A partir de esta situación nos encontramos con una coyuntura histórica en la década de los sesenta donde la difusión y extensión de los medios de comunicación se verá como sinónimo de progreso, ya que estos medios, según esta idea, acarrearán, debido a sus potencialidades para la modernización, toda una serie de beneficios en las comunidades tradicionales que los apliquen. El constante crecimiento económico, una distribución equitativa y la democratización del acceso a estas tecnologías eran las metas que aseguraban los primeros promotores de este modelo (Rogers, 1962 Schramm, 1964).

Sin embargo, en poco tiempo se comenzaría a reflexionar tanto sobre el colonialismo tecnológico y cultural como sobre la dependencia que este modelo creaba sobre los países que exportaban sus tecnologías y contenidos culturales. De esta forma, se estaba incitando a la mayoría de países a

una transformación mental de la población que anclada en valores tradicionales (sin capacidad de riesgo) impedía un desarrollo rápido de la sociedad. Este paradigma viene a justificar la idea que ya hemos expresado con anterioridad, donde se enfatiza que esta oposición provocará que la concepción de desarrollo este ligada a una homogeneización social a una uniformización de sus miembros en pos de la linealidad de sus objetivos.

En este contexto, el fenómeno multicultural será ignorado o se concebirá como un freno para las políticas de desarrollo. Lo mismo está ocurriendo con las políticas migratorias que vuelven a tomar el concepto de modernidad en el discurso oficial que, como dice Valeria Bergalli, parece resumir el conjunto de los atributos que conforman el proyecto que pretende difundirse y que asocian directamente a lo europeo; lo europeo es lo moderno, estableciéndose así, una frontera simbólica entre un nosotros y un ellos, entre los que ya poseen la modernidad y los que vienen procurándola.

Se puede trazar siguiendo esta lógica una línea paralela de evolución histórica del tratamiento de la cuestión multicultural y de las estrategias de desarrollo, recogiendo varias etapas:

- a. *De la necesidad y de la indiferencia como respuesta.* Una primera etapa donde la cuantificación económica es lo que importa, por lo tanto, se acepta la llegada de inmigrantes o la mano de obra de las minorías como medio ineludible para el crecimiento económico. (Inicio de los programas de desarrollo)
- b. *De la marginación como resultado.* En esta estrategia de desarrollo quien no consigue adaptarse al modelo queda rezagado y, por tanto, excluido de las posibilidades que se ofrecen. (Modelo de desarrollo del valor monetario)
- c. *De la integración sin diferencias.* Desde esta tercera etapa se vislumbra que existen minorías o grupos sociales a los que se les debe propiciar el acceso a la nueva cultura. Eso sí, esto se hace desde una visión etnocéntrica que intenta asimilar las otras culturas, sin atender a sus rasgos diferenciales, a los beneficios de la propia. (Modelo asistencialista de difusión de tecnologías)
- d. *De las diferencias sin integración.* Se corresponde al modelo de sociedades multiculturales que se vanaglorian de hacer convivir diferentes culturas en sus territorios respetando la diversidad de cada una de ellas. Ahora bien, en muchos de los casos la convivencia ha significado separación y no un verdadero conocimiento mutuo e integración de las mismas. (Modelo tecnocrático de cooperación)
- e. *De la participación como diferencia.* En esta última etapa se propone un cambio de rumbo que venga determinado por los propios actores que toman conciencia de sus diferencias y favorecen tanto el encuentro como el conflicto como formas de enriquecimiento y motor de cambio. (Modelo endógeno e intercultural).

Esta clasificación, si bien de orden funcional y sabiendo que en la práctica se mezclan elementos de las distintas etapas, nos sirve al menos para intentar recoger de forma crítica algunas de las características que no se han tenido en cuenta a la hora de desarrollar muchos proyectos de desarrollo.

En primer lugar, la atención específica al contexto social y cultural donde se vaya a generar un proyecto de desarrollo, ya que los modelos no son trasladables de unas circunstancias a otras. Las distintas instituciones, grupos sociales, tradiciones y costumbres de un territorio exigen modelos de desarrollo diferentes a los requeridos en un espacio con un aparato cultural diferente. Uno de los aspectos fundamentales a abordar, como dice la socióloga argentina Roxana Cabello, son las formas específicas de comunicación que se dan en el espacio local, ya sean éstas vehiculadas a través de tecnologías mediáticas o relacionadas con distintas formas de comunicación

interpersonal o mediatizada. Lo que Tomás Rodríguez Villasante, desde la lógica de la inclusión, ha dado en llamar las redes de convivencia o redes comunitarias.

Como consecuencia de esta primera idea vendría la complejización de las comunidades como base del concepto de región inteligente (Boisier, 2001) donde el medio no sólo se articula a través de redes internas sino que, al mismo tiempo, se adapta y se hace flexible al cambio según el entorno que lo enmarca. Es decir, se debe tener la capacidad desde cualquier sociedad de propiciar las condiciones para que los individuos sean conscientes de la multiplicidad cultural que les rodea. Este paradigma de la complejidad (Morín, 1994) se debe trasladar al ámbito de la comunicación intercultural que se ha basado en muchas ocasiones, siguiendo la dinámica periodística, en simplificaciones y lecturas estereotipadas de la realidad para dar cuenta de culturas diferentes.

Otra de las características sería la poca relevancia que se ha otorgado al sujeto como decodificador final de los mensajes y principal actor de los proyectos. Las personas reinterpretan, resemantizan los mensajes atendiendo a sus experiencias, a sus conocimientos y cargan de sentido propio los que reciben desde fuera. Esta es en general la dinámica de la comunicación y debe serlo aún más la de una comunicación intercultural. No podemos evitar entender la vida como una "entrevisión" con pérdidas, como dice el poeta, sin herida nada queda entero, somos de lo incompleto.

Además, reafirmando lo que dice Miquel Rodrigo Alsina hay que tener en cuenta que las interpretaciones no son universales ni acrónicas sino que varían de una cultura a otra y también cambian a lo largo del tiempo, en el seno de una misma cultura.

En este sentido, una cuarta característica sería la concepción de las identidades como objetos cerrados más que como procesos abiertos que están en continua reconstrucción. Debemos recuperar una perspectiva histórica de los procesos y las prácticas sociales y culturales no para anclarnos en el pasado sino para conocer nuevas motivaciones, nuevos intereses implicados en el acontecer diario.

Por último, estaría la necesidad de replantear un enfoque desde abajo (bottom-up) de los proyectos de desarrollo en los cuales la participación de los sujetos, así como el diálogo intercultural son fundamentales (Servaes, 2002). De esta forma, el desarrollo se entiende también como la satisfacción de las libertades sociales del individuo que bajo la mediación de la comunicación puede participar en la vida de la comunidad, en el debate público o en la adopción de decisiones políticas.

Esto nos llevaría a un nuevo concepto de desarrollo que basaría su objeto no tanto en cubrir unas necesidades, en llegar a unos umbrales de crecimiento material sino, más bien, en establecer las condiciones, propiciar las vías que se refieren a todo aquello que, por representar formas de ser, tener, hacer y estar, contribuyen a la realización de las necesidades humanas. Sería centrar el debate más que en estas necesidades en los satisfactores que son los que definen la modalidad dominante que una cultura o una sociedad imprimen a las necesidades (Max Neef, 1991).

Para ello, y con el fin de evitar los errores del pasado este trabajo apuesta por la comunicación y la educación como pilares fundamentales para el establecimiento de nuevos procesos de actuación desde lo local.

Una comunicación intercultural para un desarrollo endógeno

La comunicación se ha convertido en una herramienta básica en el desarrollo de las sociedades al facilitar la creación de patrimonio, de una cultura de participación y la construcción democrática de ciudadanía. En este sentido, una comunicación para el desarrollo debe estar íntimamente ligada

con la creación de valores, la sensibilización y la educación. Se pretende transmitir un uso pedagógico y democrático de los medios para que éstos sirvan de foro de debate y de voz para los más desfavorecidos o marginados.

Sin embargo, para conseguir estos objetivos creemos imprescindible superar la visión asistencialista de los primeros planes de desarrollo que desde una visión tecnocrática confiaban ciegamente en las capacidades tecnológicas, y plantear el uso de la comunicación desde la apropiación que la población debe hacer de ella. Volviendo al concepto originario de comunicación como puesta en común, como espacio comunitario donde compartir y participar. Es decir, son los ciudadanos los que se tienen que convertir en la fuerza motriz de su propio desarrollo.

En este sentido, es a través de la educación popular como podemos conseguir este cambio de perspectiva ya que ésta tiene como referencia fundamental los intereses y necesidades de las clases populares, plasma su vertiente educativa en la capacidad de proporcionar los medios para la adquisición de un saber instrumental que el pueblo incorpora a su práctica, como instrumento de comprensión y acción frente a las situaciones y acontecimientos sociales (Ander-Egg, citado por Camacho, 1999).

Por tanto, debemos apostar por expandir y equilibrar el acceso y la participación de la gente en el proceso de comunicación, tanto a niveles de medios masivos como a los interpersonales de base, fomentando su capacitación para impulsar el uso de sus potencialidades dentro de una estrategia integral de desarrollo endógeno. En esta línea de trabajo los medios locales y comunitarios han jugado y juegan un papel muy importante. Han sido éstos los que desde la proximidad han representado los valores e intereses compartidos del conjunto de la colectividad cuando no han ayudado como herramientas de transmisión a realizar campañas educativas o a servir de correos de información.

Sin embargo, y para profundizar en este planteamiento creemos que en muchos casos también se han perpetuado imágenes sociales y estereotipos anclados en valores tradicionales que no han ayudado a fomentar el cambio social sino más bien han propiciado su estancamiento. Por ello, el medio no sólo debe orientarse a la reproducción social sino que como señala Martín Serrano, "la comunicación pública debe tener la capacidad de promover o de revitalizar las representaciones colectivas, así como de elaborar, evocar y/o revocar éstas de cara al sentido de la acción social organizada". Es decir, las representaciones colectivas (en tanto interpretaciones y evaluaciones) no son siempre similares y compartidas, sino también pueden ser diferentes, contradictorias y hasta antagónicas.

De esta forma, el acercamiento a la comunicación permite reconstruir las identidades, re-formarlas continuamente, lo cual es muy necesario en nuestros días donde la movilidad espacial ha aumentado de forma extraordinaria y los flujos culturales contaminan permanentemente (usando el sentido positivo) cualquier espacio. Por tanto, si bien es importante tener una perspectiva histórica de cualquier proceso o práctica, no podemos, en palabras del colombiano Jesús Martín Barbero, confundir historia con nostalgia.

En este sentido, educar desde la diferencia fomentando la participación ciudadana a través y con los medios de comunicación constituye una base fundamental para cualquier proyecto de desarrollo no sólo como parte de una estrategia de diseño y aplicación sino como un eje transversal que debe atravesar todo el proceso. Los actores locales serán de este modo los que conducirán su futuro del que sabemos que será con seguridad diferente y, en no pocos casos, contradictorio.

Referencias Bibliográficas

Beltrán, Luis Ramiro y Zeballos, René (2001). Estrategias de comunicación y educación para el desarrollo. La Paz: Red ERBOL y Universidad Católica Boliviana.

Berrigan, Frances (1981). La comunicación comunitaria: cometido de los medios de comunicación comunitarios en el desarrollo. París: UNESCO.

Boisier, Sergio (2001). Sociedad del conocimiento, conocimiento social y gestión territorial. Sevilla: Instituto de Desarrollo Regional, Universidad de Sevilla.

Buarque, Sergio (1997). Desarrollo sostenible. Metodología de planeamiento: experiencia del norte de Brasil. Sao Paulo: BMZ/GTZ.

Cabello, Roxana (2002). La comunicación desde la perspectiva del Desarrollo Humano en Cimedevilla, Gustavo. Comunicación, tecnología y desarrollo. Río Cuarto - Argentina: Universidad nacional de Río Cuarto (UNRC).

Calvelo, Luis, et al. (1996). Comunicación para el desarrollo rural. Santiago de Chile: Fundación para el desarrollo regional.

Camacho Herrera, Antonio (1999). Educación popular y educación de personas adultas en García Benítez, A. (Coord.). La educación ante el nuevo milenio. Sevilla: Signatura Ediciones.

Furtado, Celso (1991). Teoría y política del desarrollo económico. México: Siglo XXI.

Max-Neef, Manfred (1993). Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y reflexiones. Barcelona: Icaria [Human scale development. Conception, application and further reflections, New York and London: The Apex Press, 1991].

Rodríguez Villasante, Tomás (1998). Del desarrollo local a las redes para mejor vivir. Buenos Aires: Lumen.

Servaes, Jan (2002). El mundo nuestro pueblo. Una perspectiva culturalista hacia la comunicación para el cambio social. En Cimedevilla, Gustavo. Comunicación, tecnología y desarrollo. Río Cuarto - Argentina: Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC).

Sierra Caballero, Francisco (2000). Comunicación, educación y desarrollo: apuntes para una historia de la comunicación educativa. Sevilla: Comunicación Crítica.

Todorov, Tzvetan (1988). Cruce de culturas y mestizaje. Madrid: Júcar.

Vásquez-Barquero, A. (1999). Desarrollo, redes e innovación. Lecciones sobre desarrollo endógeno. Madrid: Pirámide.

Notas:

(1) Este texto fue presentado como trabajo en el V Seminario Ibérico de Educación Popular y Desarrollo Comunitario, celebrado en Sevilla en el mes de Abril de 2003.

Artículo recibido: 04 de noviembre de 2003

Artículo aceptado: 24 de enero de 2004